

Entrevista a Raúl Ávila

María Julia Hidalgo

“Me *apreta* el zapato”, dicen en Argentina, mientras que es frecuente escuchar en España “El examen será el viernes”. Por supuesto, en México *apreta* o *examen* suenan como de campo, como rurales, pero no en Argentina o España. En cambio, todos decimos “tortillas *calientitas*” sin sonrojarnos, cuando la forma académica es *calentitas*. Entre muchas otras cosas, la recolección de estos usos lingüísticos es parte del trabajo y de las investigaciones del doctor Raúl Ávila, quien a lo largo de su trayectoria se ha fascinado por la variación geográfica de la lengua española.

Las frases, las palabras y los significados van cambiando. Por eso cada vez es menos frecuente escuchar o decir “No seas *sangrón*”, palabra que poco a poco va siendo sustituida por *payaso* y, sobre todo, por *mamón*. El lenguaje de la *onda* estuvo muy de moda hace algunos lustros, y ahora parte de ese léxico se usa de manera normal. La palabra *güey* es una muletilla que tiene muchos años de uso, pero que en la actualidad ha aumentado su frecuencia, pues la usan mucho los jóvenes en estilo informal. Por supuesto, cuando están con sus padres u otros adultos utilizan otro lenguaje. “Es parte de la vida de la lengua”, nos comenta Ávila.



Especialista en estudios lingüísticos, publicó recientemente el *DIME: Diccionario Inicial del Español de México* (México, Trillas, 2003), primer diccionario pedagógico nacional del español de México, que se hace fuera de España en toda la historia de la lengua.

Ávila nos platica que cuando era niño, en su rancho no había luz eléctrica; su abuela le leía cuentos y le contaba historias de espantos que lo hacían vivir en un mundo mágico, lleno de fantasías. Su mamá quería que fuera ingeniero, para que construyera carreteras y ella pudiera acompañarlo en los campamentos.

Fue así como el doctor Raúl Ávila, profesor e investigador de El Colegio de México y coautor de los libros de texto gratuitos en nuestro país (1979-1982), entró en el dilema obligado de qué carrera iba a estudiar. Sólo algunos semestres de ingeniería le fueron suficientes para descubrir a qué se dedicaría toda su vida. Convencido de su descubrimiento, cursó la licenciatura de Filosofía y Letras y ahí empezaron sus dudas de la vida: estudiar para esclarecer el pensamiento y a medida que se va adentrando en el conocimiento, las dudas empiezan a ser mayores. Eso es lo que permite a un científico armar planteamientos que después se convertirán en teorías.

Ambas influencias fueron importantes en su vida, pero en su respuesta a la pregunta ¿Cuál es la diferencia entre literatura y ciencia?, podemos apreciar que el lenguaje —como capacidad humana de comunicación—, tiene gran importancia para él.

“El problema de la ciencia dura, por ejemplo las matemáticas —dice—, es que el científico tiene que estar en un sistema universal de valores: todos tienen que estar convencidos de lo mismo. El creador literario, sorprendentemente, crea valores individuales que pretende volver universales. Lo que se busca en la literatura es la expresión individual; lo más valioso del literato es su experiencia personal. En el quehacer de un científico lo más valioso es su experiencia universal”.

En la adolescencia, Raúl Ávila tuvo su primera experiencia laboral como empleado bancario. Allí descubrió las diferencias sociales sin haber leído a Marx. Ése fue un motivo muy importante que lo impulsó a estudiar. En esos años él ya había leído libros de la mitología griega, gracias a su hermano mayor, y su gusto por las letras era cada vez más claro. También se fue probando como escritor, ya que colaboraba en los pe-

riódicos internos del banco, donde se publicaba por concurso. Los premios consistían en un dinero extra, que era muy necesario para la economía del joven Raúl.

Acerca de tantas palabras que ahora usamos o escuchamos, le pregunté si él está de acuerdo en que se usen los extranjerismos. No está en contra de los llamados “necesarios”, como *gigabytes* y otros tecnicismos, por ejemplo. En cambio, le incomodan los que él llama “de lujo”, que se usan solamente para impresionar a los demás, como *look* en expresiones del tipo “Tiene un *look* de verano”, cuando podría usarse la palabra *apariencia*. Considera que los buenos bilingües no mezclan si no tienen la intención de mezclar, como es el caso de los chicanos, que crean literatura en *spanglish*.

Su pasión por lo que hace la podemos ver reflejada en un hábito que conserva hasta la fecha: la de escribir un diario que llama “circunstancial”, pues no anota lo que hace cada día, sino lo que le parece trascendente, como sus sueños y sus pasiones. Sería interesante leerlo. Se lo voy a pedir, a ver si se anima a prestármelo.